

es la Iglesia, lleva el nombre de Cristo, por el hecho de que El ha de ser considerado como su Cabeza. El, como dice San Pablo, «es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia» (43). El es la Cabeza partiendo de la cual todo el Cuerpo dispuesto con debido orden, crece y se aumenta para su propia edificación (44).

Bien conocéis, Venerables Hermanos, con cuán convincentes argumentos han tratado de este asunto los Maestros de la Teología Escolástica, y principalmente el Angélico y Común Doctor; y sabéis perfectamente que los argumentos por él aducidos responden fielmente a las razones alegadas por los Santos Padres, los cuales, por lo demás, no hicieron otra cosa que referir y comentar la doctrina de la Sagrada Escritura.

A) — Por razón de su Excelencia

Nos place, sin embargo, para común utilidad, tratar aquí sucintamente de esta materia. Y en primer lugar, es evidente que el Hijo de Dios y de la Bienaventurada Virgen María, se debe llamar, por la singularísima razón de su excelencia, Cabeza de la Iglesia. Porque la Cabeza está colocada en lo más alto. Y, ¿quién está colocado en más alto lugar que Cristo Dios, el cual, como Verbo del Eterno Padre, debe ser considerado como «primogénito de toda criatura»? (45). ¿Quién se halla en más elevada cumbre que Cristo hombre, que nacido de una Madre inmune de toda mancha, es Hijo verdadero y natural de Dios, y por su admirable y gloriosa resurrección, con la que se levantó triunfador de la muerte, es «primogénito de entre los muertos»? (46). ¿Quién, finalmente, está colocado en cima más sublime que Aquél que como «único... mediador de Dios y de los hombres» (47) junta de una manera tan admirable la tierra con el cielo; que, elevado en la Cruz, como en un solio de misericordia, atrajo todas las cosas a sí mismo (48); y que, hijo del hombre, escogido entre millares, es más amado de Dios que todos los demás hombres, que todos los ángeles, y que todas las cosas criadas? (49).

B) — Por razón de su gobierno

Pues bien, si Cristo ocupa un lugar tan sublime, con toda razón es el único que rige y gobierna la Iglesia; y también por

(43) — Col., I, 18.

(44) — Cf. Eph., IV, 16 coll. Col. II, 19.

(45) — Col., I, 15.

(46) Col., I, 18; Apoc., I, 5.

(47) — I Tim., II, 5.

(48) — Cf. Ioann., XII 32.

(49) — Cf. Cyr. Alex., Comm. in Ioh. I, 4; Migne P. G., LXXIII, 69; S. Thom., I q. 20 a. 4, ad 1.

este título se asemeja a la cabeza. Ya que, para usar las palabras de San Ambrosio, así como la cabeza es la «ciudad regia» del cuerpo (50), y desde ella, por estar adornado de mayores dotes, son dirigidos naturalmente todos los miembros a los que está sobrepuesto para mirar por ellos (51), así el Redentor Divino rige el timón de toda la sociedad cristiana y gobierna sus destinos. Y puesto que regir la sociedad humana no es otra cosa que conducirla al fin que le fué señalado con medios aptos y rectamente (52), es fácil de ver que nuestro Salvador, imagen y modelo de buenos Pastores (53), ejercita todas estas cosas de manera admirable.

Porque El, mientras moraba en la tierra, nos instruyó, por medio de leyes, consejos y avisos, con palabras que jamás pasarán, y serán para los hombres de todas las edades espíritu y vida (54). Y además concedió a los Apóstoles y a sus sucesores la triple potestad, de enseñar, regir y llevar a la santidad a los hombres; potestad que, determinada con especiales preceptos, derechos y deberes, fué establecida por El como ley fundamental de toda la Iglesia.

Invisible y Extraordinaria

Pero también directamente dirige y gobierna por sí mismo el divino Salvador la sociedad por El fundada. Porque El reina en las mentes y en las almas de los hombres y doblega y arrastra aún a los rebeldes a su beneplácito. «El corazón del rey está en manos del Señor; lo inclinará a donde quisiere» (55). Y con este gobierno interior, no solamente tiene cuidado de cada uno en particular, como «pastor y obispo de nuestras almas» (56), sino que además mira por toda la Iglesia, ya iluminando y fortaleciendo a sus jerarcas para cumplir fiel y fructuosamente los respectivos cargos, ya también suscitando del seno de la Iglesia, especialmente en las más graves circunstancias, hombres y mujeres eminentes en santidad, que sirvan de ejemplo a los demás fieles para el provecho de su Cuerpo místico. Añádase a esto que Cristo desde el Cielo mira siempre con particular afecto a su Esposa inmaculada, desterrada en este mundo; y cuando la ve en peligro, ya por sí mismo, ya por medio de sus ángeles (57), ya por Aquélla que invocamos como Auxilio

(50) — Hexaëm., VI, 55; Migne, P. L., XIV, 265.

(51) — Cf. August., De Agon. Christ., XX, 22; Migne, P. L., XL, 301.

(52) — Cf. S. Thom., I, q. 22, a. 1-4.

(53) — Cf. Ioann., X, 1-18; I Petr., V, 1-5.

(54) — Cf. Ioann., VI, 63.

(55) — Proverb., XXI, 1.

(56) — Cf. I. Petr., II, 25.

(57) — Cf. Act., VIII, 26; IX, 1-7; XII, 3-10.

de los Cristianos, y por otros celestiales abogados, la libra de las oleadas de la tempestad, y, tranquilizado y apaciguado el mar, la consuela con aquella paz «que supera todo sentido» (58).

Visible y Ordinariamente por medio del Romano Pontífice

Ni se ha de creer que su gobierno se ejerce solamente de un modo invisible (59) y extraordinario, siendo así que también de una manera patente y ordinaria gobierna el Divino Redentor, por su Vicario en la tierra, a su Cuerpo Místico. Porque ya sabéis, Venerables Hermanos, que Cristo Nuestro Señor, después de haber gobernado por sí mismo durante su mortal peregrinación a su «pequeña grey» (60), cuando estaba para dejar este mundo y volver a su Padre, encomendó el régimen visible de la sociedad por El fundada, al Príncipe de los Apóstoles. Ya que, sapientísimo como era, de ninguna manera podía dejar sin una cabeza visible el cuerpo social de la Iglesia que había fundado. Ni para debilitar esta afirmación puede alegarse que por el Primado de jurisdicción establecido en la Iglesia, este Cuerpo Místico tiene dos cabezas. Porque Pedro, en fuerza del primado, no es sino vicario de Cristo, por donde no existe más que una Cabeza primaria de este Cuerpo, es decir, Cristo; el cual, sin dejar de regir secretamente por sí mismo a la Iglesia, que después de su gloriosa Ascensión a los cielos, se funda no sólo en El, sino también en Pedro, como en fundamento visible, la gobierna además visiblemente por aquel que en la tierra representa su persona. Que Cristo y su Vicario constituyen una sola Cabeza, lo enseñó solemnemente nuestro Predecesor Bonifacio VIII de inmortal memoria por las Letras Apostólicas *Unam Sanctam* (61) y nunca desistieron de inculcar lo mismo sus sucesores.

Hállanse, pues, en peligroso error aquellos que piensan poder abrazar a Cristo Cabeza de la Iglesia, sin adherirse fielmente a su Vicario en la tierra. Porque quitando esta Cabeza visible, y rompiendo los vínculos sensibles de la unidad, oscurecen y deforman el Cuerpo místico del Redentor de tal manera que los que andan en busca del puerto de salvación no puedan verlo ni encontrarlo.

Las Iglesias particulares por medio de los Obispos

Y lo que Nos hemos dicho en este lugar de la Iglesia uni-

(58) — Philipp., IV, 7.

(59) — Cf. Leo XIII. *Satis cognitum*; A. S. S., XXVIII, 725.

(60) — Luc. XII, 32.

(61) — Cf. Corp. Iur. Can., Extr. comm., 8, 1.

versal, debe afirmarse también de las particulares comunidades cristianas tanto Orientales como Latinas, de las que se compone la única Iglesia Católica: por cuanto ellas son gobernadas por Jesucristo por medio de la palabra y la potestad de su propio Obispo. Por lo cual los Obispos no solamente han de ser considerados como los principales miembros de la Iglesia Universal, como quienes están ligados con un vínculo especialísimo con la Cabeza divina de todo el Cuerpo, por lo que con razón son llamados «partes principales de los miembros del Señor» (62), sino que, por lo que a su propia diócesis se refiere, apacientan y rigen como verdaderos Pastores, en nombre de Cristo, la grey que a cada uno ha sido confiada (63); pero, haciendo esto, no son completamente independientes, sino que están puestos bajo la autoridad del Romano Pontífice, aunque gozan de jurisdicción ordinaria, que el mismo Sumo Pontífice les ha comunicado. Por lo cual han de ser venerados por los fieles como sucesores de los Apóstoles por institución divina (64); y más que a los gobernantes de este mundo, aun los más elevados, conviene a los Obispos, adornados como están con el crisma del Espíritu Santo, aquel dicho: «No toquéis a mis unguentos» (65).

Por lo cual Nos sentimos grandísima pena cuando llega a Nuestros oídos que no pocos de Nuestros Hermanos en el Episcopado, por hacerse de corazón modelos del rebaño (66), y por defender fiel y enérgicamente, según su deber, el sagrado «depósito de la fe» (67) que les fué encomendado; por urgir las leyes santísimas, esculpidas en los ánimos de los hombres, y por defender, siguiendo el ejemplo del supremo Pastor, la grey a ellos confiada, de los lobos rapaces, no sólo tienen que sufrir las persecuciones y vejaciones dirigidas contra ellos mismos, sino también —lo que para ellos suele ser más cruel y doloroso— las levantadas contra las ovejas puestas bajo sus cuidados, contra sus colaboradores en el apostolado, y aun contra las vírgenes consagradas a Dios. Nos, considerando tales injurias como inferidas a Nos mismo, repetimos las sublimes palabras de Nuestro predecesor de inmortal memoria, San Gregorio Magno: *Nuestro honor es el honor de la Iglesia universal; Nuestro honor es la firme fortaleza de Nuestros Hermanos; y entonces Nos sentimos honrados de veras, cuando a cada uno no se le niega el honor que le es debido* (68).

(62) — Greg. Mag., Moral., XIV, 35, 43; Migne, P. L. LXXV, 1062.

(63) — Cf. Conc. Vat., Const. de Eccl., cap. 3.

(64) — Cf. Cod. Iur. Can., 329, 1.

(65) I Paral., XVI, 22. Ps., CIV, 15.

(66) — Cf. I. Petr., V, 3.

(67) — Cf. I. Tim., VI, 20.

(68) — Cf. Ep. ad Eulog., 30; Migne, P. L. LXXVII, 933.

Por razón de la mutua necesidad

Ni por esto hay que pensar que la Cabeza, Cristo, estando colocada en tan elevado lugar, no necesita de la ayuda del Cuerpo. Porque también de este místico Cuerpo cabe decir lo que San Pablo afirma del organismo humano: «No puede decir... la cabeza a los pies: no necesito de vosotros» (69). Es cosa evidente que los fieles necesitan del auxilio del divino Redentor, puesto que El mismo dijo: «Sin mí nada podéis hacer» (70), y según el dicho del Apóstol, todo el crecimiento de este Cuerpo en orden a su desarrollo, proviene de la Cabeza, que es Cristo (71). Con todo, hay que afirmar, aunque parezca completamente extraño, que Cristo también necesita de sus miembros. En primer lugar, porque la persona de Cristo es representada por el Sumo Pontífice, el cual, para no sucumbir bajo la carga de su oficio pastoral, tiene que llamar a participar de sus cuidados a otros muchos, y diariamente tiene que ser ayudado por las oraciones de toda la Iglesia. Además, nuestro Salvador, dado que no gobierna la Iglesia de un modo visible, quiere ser ayudado por los miembros de su Cuerpo místico en el desarrollo de su misión redentora. Lo cual no proviene de insuficiencia por parte suya, sino más bien porque El así lo dispuso para mayor honra de su Esposa inmaculada. Porque, mientras al morir en la cruz concedió a su Iglesia el inmenso tesoro de la redención, sin que Ella pusiese nada de su parte; en cambio cuando se trata de la distribución de este tesoro, no sólo comunica a su Esposa sin mancilla, la obra de la santificación, sino que quiere que en alguna manera provenga de ella. Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto, y de la colaboración de los Pastores y de los fieles, sobre todo de los padres y madres de familia, con la que vienen a ser como cooperadores de nuestro divino Salvador.

A las razones expuestas para probar que Cristo nuestro Señor es Cabeza de su Cuerpo social, hemos de añadir ahora otras tres, íntimamente ligadas entre sí.

d) — Por razón de semejanza

Comencemos por la mutua conformidad que existe entre la Cabeza y el cuerpo, siendo como son de la misma naturaleza. Para lo cual es de notar que nuestra naturaleza, aunque inferior

(69) — I. Cor., XII, 21.

(70) — Ioann., XV, 5.

(71) — Cf. Eph., IV, 16; Col., II, 19.

a la angélica, por la bondad de Dios, supera a la de los ángeles: «Porque Cristo, como dice Santo Tomás, es Cabeza de los ángeles. Porque Cristo es superior a los ángeles, aun en cuanto a la humanidad... Además, en cuanto hombre ilumina a los ángeles e influye en ellos. Pero en cuanto a la conformidad de la naturaleza, Cristo no es Cabeza de los ángeles porque no asumió la naturaleza angélica, sino —según el Apóstol— el linaje de Abraham» (72). Ni solamente asumió Cristo nuestra naturaleza, sino, que, además, en un cuerpo frágil, pasible y mortal, se ha hecho consanguíneo nuestro. Pues si el Verbo «se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo» (73), lo hizo para hacer participantes de la naturaleza divina a sus hermanos según la carne (74), tanto en este destierro terreno por medio de la gracia santificante, cuanto en la patria celestial por la eterna bienaventuranza. Porque por eso el Hijo Unigénito del Eterno Padre quiso hacerse hombre, para que nosotros fuéramos conformes a la imagen del Hijo de Dios (75), y nos renovásemos según la imagen de aquél que nos creó (76). Por lo cual, todos los que se glorían de llevar el nombre de cristianos, no sólo han de contemplar a nuestro divino Salvador como un excelso y perfectísimo modelo de todas las virtudes, sino que además, por el solícito cuidado de evitar los pecados y por el más esmerado empeño en ejercitar la virtud, han de reproducir de tal manera en sus costumbres la doctrina y la vida de Jesucristo, que, cuando apareciere el Señor, sean hechos semejantes a El en la gloria, viéndole tal como es (77).

Y de la misma manera que quiere Jesucristo que todos los miembros sean semejantes a El, así quiere también que lo sea todo el Cuerpo de la Iglesia. Lo cual en realidad se consigue cuando ella, siguiendo las huellas de su Fundador, enseña, gobierna, e inmola el divino sacrificio. Ella además, cuando abraza los consejos evangélicos, reproduce en sí misma la pobreza, la obediencia y la virginidad del Redentor. Ella, por los múltiples y variados institutos, que son como adornos con que se embellece, muestra en alguna manera a Cristo, ya contemplando en el monte, ya predicando a los pueblos, ya sanando a los enfermos y convirtiendo a los pecadores, ya finalmente haciendo bien a todos. No es, pues, de maravillar que la Iglesia, mientras se halla en esta tierra, padezca persecuciones, molestias y trabajos, a ejemplo de Cristo.

(72) — Comm. in ep. ad Eph., cap. 1, lect. 8; Heb., II, 16-17.

(73) — Philipp., II, 7.

(74) — Cf. II Petr., I, 4.

(75) — Cf. Rom., VIII, 29.

(76) — Cf. Col., III, 10.

(77) — Cf. I. Ioann., III, 2.

E) — Por razón de la plenitud

Es también Cristo Cabeza de la Iglesia porque, aventajándose en la plenitud y perfección de los dones celestiales, su Cuerpo místico recibe algo de su plenitud y perfección de los dones celestiales. Porque —como notan muchos Santos Padres— así como la cabeza de nuestro cuerpo mortal está dotada de todos los sentidos, mientras que las demás partes de nuestro organismo solamente poseen el sentido del tacto, así de la misma manera todas las virtudes, todos los dones, todos los carismas que adornan a la sociedad cristiana, resplandecen perfectísimamente en su Cabeza, Cristo. «*Plugo (al Padre) que habitara en El todo plenitud*» (78). Brillan en El los dones sobrenaturales que acompañan a la unión hipostática: puesto que en El habita el Espíritu Santo con tal plenitud de gracia, que no puede imaginarse otra mayor. A El ha sido dada «*potestad sobre toda carne*» (79); en El están abundantísimamente «*todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*» (80). Y la llamada ciencia de visión de tal manera la posee que, tanto en amplitud como en claridad, supera a la que gozan todos los bienaventurados del Cielo. Y, finalmente, está tan lleno de gracia y santidad, que de su plenitud inexhausta todos participamos (81).

F) — Por razón del influjo

Estas palabras del discípulo predilecto de Jesús, Nos muestran a exponer la última razón por la cual se muestra de una manera especial que Cristo nuestro Señor es Cabeza de su Cuerpo místico. Porque, así como los nervios se difunden desde la cabeza a todos nuestros miembros, dándoles la facultad de sentir y de moverse, así nuestro Salvador derrama en su Iglesia su poder y eficacia para que con ella los fieles conozcan más claramente y más ávidamente deseen las cosas divinas. De El se deriva al Cuerpo de la Iglesia toda la luz con que los creyentes son iluminados, y toda la gracia con que se hacen santos, como El es santo.

Al Numinar

Ilumina Cristo a toda su Iglesia; lo cual se prueba con casi innumerables textos de la Sagrada Escritura y de los Santos

(78) — Col., I, 19.

(79) — Cf. Ioann., XVII, 2.

(80) — Col., II, 3.

(81) — Cf. Ioann., I, 14-16.

Padres. «*A Dios nadie jamás vió; el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, es quien nos lo ha dado a conocer*» (82). Viendo de Dios como maestro (83), para dar testimonio de la verdad (84), de tal manera ilustró a la primitiva Iglesia de los Apóstoles, que el Príncipe de ellos exclamó: «*¿Señor, a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*» (85); de tal manera asistió a los Evangelistas desde el cielo, que, como miembros de Cristo, escribieron las cosas que conocieron, como al dictado de la Cabeza (86). Y aun hoy día es para nosotros, que moramos en este destierro, autor de nuestra fe, como será un día su consumidor en la patria (87). El es el que infunde en los fieles la luz de la fe; El quien enriquece con los dones sobrenaturales de ciencia, inteligencia y sabiduría a los Pastores y Doctores, y principalmente a su Vicario en la tierra, para que conserven fielmente el tesoro de la fe, lo defiendan con valentía y lo expliquen y corroboren piadosa y diligentemente; El es, por fin, el que, aunque invisible, preside e ilumina los Concilios de la Iglesia (88).

Al Santificar

Cristo es autor y causa de santidad. Porque no puede obrarse ningún acto saludable, que no proceda de El como de fuente sobrenatural. «*Sin mí, dijo, nada podéis hacer*» (89). Cuando por los pecados cometidos nos movemos a dolor y penitencia, cuando con temor filial y con esperanza nos convertimos a Dios, siempre procedemos movidos por El. La gracia y la gloria proceden de su inexhausta plenitud. Todos los miembros de su Cuerpo místico, y sobre todo los más importantes, reciben del Salvador dones constantes de consejo, fortaleza, temor y piedad, a fin de que todo el cuerpo aumente cada día más en integridad y en santidad de vida. Y cuando los Sacramentos de la Iglesia se administran con rito externo, El es quien produce el efecto interior en las almas (90). Y asimismo, El es quien, alimentando a los redimidos con su propia carne y sangre, apacigua los desordenados y turbulentos movimientos del alma; El es el que aumenta las gracias y prepara la gloria a las almas y a los

(82) — Cf. Ioann., I, 18.

(83) — Cf. Ioann., III, 2.

(84) — Cf. Ioann., XVIII, 37.

(85) — Cf. Ioann., VI, 68.

(86) — Cf. August., De cons. evang., I, 35, 54; Migne, P. L. XXXIV, 1070.

(87) — Cf. Hbr., XII, 2.

(88) — Cf. Alex. Ep. 55 de Symb. Migne, P. G. LXXVII, 293.

(89) — Cf. Ioann., XV, 5.

(90) — Cf. S. Thom., III, q. 64, a. 3.